

VALDIVIELSO PATEA POR TEROR (Del 3 al 8 de Diciembre de 2010) (Crónica de un viaje afortunado a una de las islas Canarias)

DÍA UNO: LA GRAN ACOGIDA

Ayer iniciamos el viaje organizado desde Valdivielso por el grupo de senderismo José M^a Negro (*al cel sigui*) con su “anima mater”, Patricio, como Gran-organizador-con-Mando-en Plaza y Libreta-en-mano. Aparte de nosotros cuatro, también se ha unido Jokin, que tiene curiosidad por saber cómo es eso de que un ayuntamiento te acoga con simpatía. También tiene vértigo y una tremenda ignorancia sobre el relieve canario, con las consecuencias que luego se verán.

Para Elisa es un gran momento porque es la primera vez que volará en avión. Bueno, de hecho es la primera vez que volará de cualquier forma.

Nosotros salimos el jueves 2 desde Valencia, salimos a las nueve y media tras un comistrajo (o cenastrajo). Llegamos a Madrid a las doce y media repasadas (tras un somnoliento viaje superado porque Clara me pidió que mientras le contara la II Guerra Mundial) y sólo pudimos dormir tres horas. Taxi al aeropuerto y ahí, por fin, nos unimos al plan común.

Jokin viene con su grabadora nueva y cargando cuatro réplicas de canecillos de Tejada, que venían a pesar lo mismo que todo el edificio (al menos lo parecía), y que serían el regalo de buena voluntad para el Ayuntamiento de Teror y para Víctor Valdivielso, organizador y causa inicial de todo el lío desde Gran Canaria.

Han llegado de milagro porque todo estaba nevado a partir de Burgos y la carretera casi imposible desde Aranda hasta cruzar Somosierra, todo bien sazonado con un temporal de los de temer. Si lograron llegar fue porque se pusieron al socaire de la quitanieves que les fue abriendo paso... a 40 km por hora. La risa fue cuando el conductor dijo aquello de “pues yo tendría que hacer un descanso, por ley”. Patricio (tragando, disimuladamente): “Pues es que tendríamos que coger el avión”. El conductor: “Por ley”. Patricio: “¿Y de cuánto es la multa?”. “Tres mil euros”. “Es que el avión...”. “Pero claro, si paramos a lo mejor ya no arrancamos y la quitanieves se va”. “Claro”. “Bueno, seguimos y a ver qué pasa”. Patricio (muy bajito): “Eso”. Así que llegaron por los pelos (pelos con corte al dos) y a tiempo de hacer una laaarga y leeeenta cola para facturar el equipaje, donde los encontramos nosotros.

Tras unirnos a la cola logramos embarcar ya con algo de retraso en el avión, nos sentamos en nuestros asientos y esperamos para salir. Y esperamos para salir. Y esperamos. Y esperamos. Hasta que el piloto nos dio microfónicamente la explicación.

Explicación: Por lo visto no había llegado un miembro de la tripulación (“¿Quién? Nombres, queremos nombres”, “¿El alquitrán y las plumas están en incluidos en el billete?”) y por esa razón habían perdido el tiempo asignado para el despegue y estaban a la espera de tener un huequito para poder salir. Si hubiéramos sabido la que se estaba montando en los aeropuertos todavía nos hubiéramos asustado más: El día anterior el gobierno había impuesto un ultimátum a los controladores y estos amenazaban con una respuesta a la altura: “pues ahora nos vamos”. Pero eso no lo sabíamos.

El huequito se produjo cerca de las nueve (teníamos que salir a las siete) y a partir de entonces fue un vuelo sin historia hasta Gran Canaria (incluso para Elisa,

que trataba de estar a la altura de mis sesudos comentarios, dignos del Nóbel de la originalidad: “¿Has visto qué bonito?” “Parece un belén” “Mira, nubes” “Mira, el mar” “Pero, ¿quieres mirar?”).

Una vez en la isla y reunidos con los de Ryanair, que ya estaban allí, nos pusimos en mano de Víctor que ya nos esperaba con la “guagua”. Explicación innecesaria para el sesudo y sobrado lector que se puede saltar este párrafo y fardar de que ha visto mucho mundo y que a él le van a contar. La guagua, en Canarias, es el autobús, urbano o privado, y se llama así porque los primeros autobuses, de fabricación inglesa, tenían un claxon característico que sonaba: “wah-wah, wah-wah” (es una onomatopeya, tienen que hacerlo en voz alta y nasal para entenderlo) y de ahí les quedó lo de “guagua”. Es una palabra aceptada hasta el punto de que en el cartel de la estación de autobuses de Las Palmas pone “Estación de Guaguas”.

Embarcamos tras los inevitables y esforzados abrazos, besos y saludos de todos y para todos. Primera parada, Las Palmas, tras un trayecto de veinte minutos punteado por los comentarios breves y acertados de Víctor hablándonos del paisaje, de los polígonos industriales, del urbanismo de esta zona de la isla y de la gran desaladora que hace posible el milagro de la vida moderna en Gran Canaria (por vida moderna entiéndase el socialmente aceptado gasto de 120 litros de agua por persona y día). Víctor, con esta narración sintética y clara empezaba a dar muestras de su conocimiento enciclopédico, pese a la humildad del estilo narrativo (no como otro que yo me se y que veo todos los días en el espejo). Al tajo, hemos llegado hasta la zona del puerto y caminamos hasta la playa de Las Canteras, el actual centro social de la ciudad, donde la gente acude a pasear, bañarse, tomar algo, pasear otra vez, mirar el Teide (casi siempre puede verse), volver a bañarse y comerse un helado en diciembre, como fue nuestro caso. Está situada en el istmo entre la ciudad y La Isleta, último resto del antiguo paisaje dunar ahora machacado por el urbanismo que expandió las Palmas a lo largo y ancho de todo el siglo XX.

Como curiosidad, hemos podido ver cómo estaban construyendo un belén de arena (que más tarde ví en la tele, en Valencia), mientras Víctor nos contaba que en ese lugar fue rodada la película “Moby Dick”, de John Houston, con Gregory Peck como el capitán Ahab, al cual maquillaban a unos pocos metros de donde estábamos. También nos ha indicado dónde estaban los astilleros donde construyeron la ballena. Lo dicho, la wikipedia hecha canario.

Las Palmas es una ciudad, al menos por lo que hemos visto en este primer día, poco impresionante a primera vista. Incluso se podría decir que bastante feota, si bien Víctor nos recomendó que esperásemos ver el casco histórico. Esta parte ventisecular (del siglo XX, quiero decir) recuerda cualquier lugar turístico de Valencia (o de la costa mediterránea, en general) con una construcción desmadrada y desordenada. Aun así, si te fijas se pueden ver algunas construcciones de su época portuaria, vinculadas al comercio con Inglaterra de principios de siglo XX. En uno de ellos está instalado el Museo de la Ciencia, que me apeteció en seguida visitar, pero que se quedó para el martes porque ahora había que ir hasta Teror, donde nos esperaban en el Ayuntamiento para recibirnos con los brazos abiertos. Qué maravilla poder caer en los brazos de un Ayuntamiento sin caer a la vez en sus manos. Bueno, sigo.

El autobús, perdón, la guagua ha subido hasta Teror por una carretera asombrosa (como todas las de Gran Canaria, pero que para nosotros era aun excepcional), estrecha y llena de revueltas. En cada curva la guagua pitaba y cuando

se cruzaba con un camión u otra guagua se podía cascar nueces entre ellos. El paisaje era cada vez más verde y agreste, con huertecillos en zonas abancaladas y con una organización de las casas rurales basada en la real gana de los propietarios de los terrenos. La fuerte pendiente obliga a adaptar las casas y sus accesos con unas soluciones entre sorprendentes y horripilantes. El hábitat, en suma, más que disperso es esparcido, incluso “escampao” y predomina la autoconstrucción con resultados que van de lo coqueto a lo aberrante. Luego ya empieza el núcleo urbano propiamente dicho al que se puede aplicar lo dicho para la capital. El centro histórico, sin embargo, es muy lindo y la calle principal ciertamente hermosa.

De todas formas, enseguida se aprecia, por las abundantes instalaciones modernas, que en el pueblo hay recursos. Estos proceden del manantial de Agua de Teror y su planta embotelladora (con sus tres variantes: con gas, sin gas y agria), así como de las subvenciones que recibe del Cabildo Insular y de Europa ya que en su centro alberga el Santuario de la Virgen del Pino. Y el Pino, propiamente dicho.

Como he dicho, la arquitectura de la calle mayor es muy bonita, con casas de dos plantas y cubiertas a dos aguas de teja, con galerías, balconadas y ajimeces de madera. La piedra es, lógicamente, volcánica y de color gris, aunque hay una variante amarillenta muy resultona que usaron para algunos edificios, como en la torre del campanario del Santuario. Viene, según me contó Víctor, claro, de una cantera cercana, única en la isla, mientras que las restantes viene de otra que produce la que llaman “piedra azul”.

Momento de foto general cerca del enorme pino que recuerda la aparición de

la Virgen, aunque éste ya no es el original que pasó a mejor fotosíntesis hace cien años -había vivido quinientos- por lo que fue sustituido por éste. Junto a él había un gran laurel canario bajo el que nos apiñamos para la mencionada foto. De ahí, visita *velis nolis* al santuario porque nos han dejado entrar aunque estaban a punto de cerrar y nos han ofrecido una visita especial. Con una mirada he cortado el comentario de la gótica familiar, Clara, que empezaba a decir lo que su Señor, Lucifer, opinaría de todo esto. Adolescentes modernos. Nosotros sólo fuimos rojos y descreídos, ahora si no eres satánico, sea de Carabanchel o de Mordor, no eres nadie. En fin.

Como decía, visita al



Fig. 1

santuario, una iglesia de planta basilical con forjados de madera y cubierta de teja. Si la nave es agradable por su sencillez, el presbiterio en cambio tiene cuatro o cinco retablos recargadísimos y, presidiéndolo todo, una Virgen que nadie se atrevería a calificar como espartana. Y no porque no luzca tableta de chocolate en el abdomen (ay, qué daño ha hecho "300" a la imagen de los espartanos) sino porque está medio sepulta por un traje formado por una acumulación, más allá del límite de la materia, de pliegues, frunces y dorados. Uno comprende que buscara un pino bien grande para aparecerse.

Expulsado el resto de los visitantes, a nosotros nos han dejado entrar en el camarín de la Virgen y en el museo anexo, en el que destaca, entre los exvotos militares, deportivos y folklóricos, un traje de fallera de la falla de Sant Josep de la Muntanya, cosecha de 1980.

Tras el poder religioso, el civil. Recepción en un monísimo edificio (Fig. 1) donde tiene parte de su sede, al menos la institucional, el ayuntamiento de Teror. Tiene una entrada de escalinata alfombrada que te anima a arrancarte por vedetterías ("agradecida, emocionada, solamente puedo decir: gracias por venir") y bajarla lleno de plumas y lentejuelas. Tras instalarnos en la parte del público del salón de plenos, recibimos una charla amistosísima del Concejal de Cultura (el alcalde excusó su asistencia) que ha sido respondida por las palabras profesionales de Patricio y de Jokin, que ha intentado sacar algún titular al concejal sobre las futuras elecciones. El periodista no descansa, pero el político tampoco pues se ha salido del intento con una agilidad anguilar (de anguila) que ha sido muy celebrada. A continuación, Víctor ha celebrado la hermandad entre municipios y se han intercambiado regalos (lo que ha librado a Jokin de un gran peso, más físico que moral) y firmes protestas de amistad imperecedera.

Luego hemos bajado hasta la Casa de la Cultura, donde Jokin ha babeado ante las instalaciones de Radio Teror, la emisora municipal, y que, dijeron, iban a trasladar a otro espacio mayor. A envidiar tocan. En el buffet que habían preparado, primer contacto con la gastronomía local: chorizo canario (una especie de sobrasada choricera), queso y dulces de batata. Había también un loro y un guacamayo cuyas jaulas habían sido forradas de malla plástica para proteger a los tontos de sí mismos.



Fig. 2

(Fig.2) Pregunta obligada: ¿porqué ante un bicho que tiene un pico respetable y con el que seguramente es capaz de abrir cocos no se nos ocurre más que meter el dedito en la jaula y acercárselo haciendo ruidos y vocecitas? ¿Qué esperamos, que el animalito -que ya tiene que aguantar el vivir encerrado- decida cortar la tontería (y el dedo) de raíz? Fin de la reflexión.

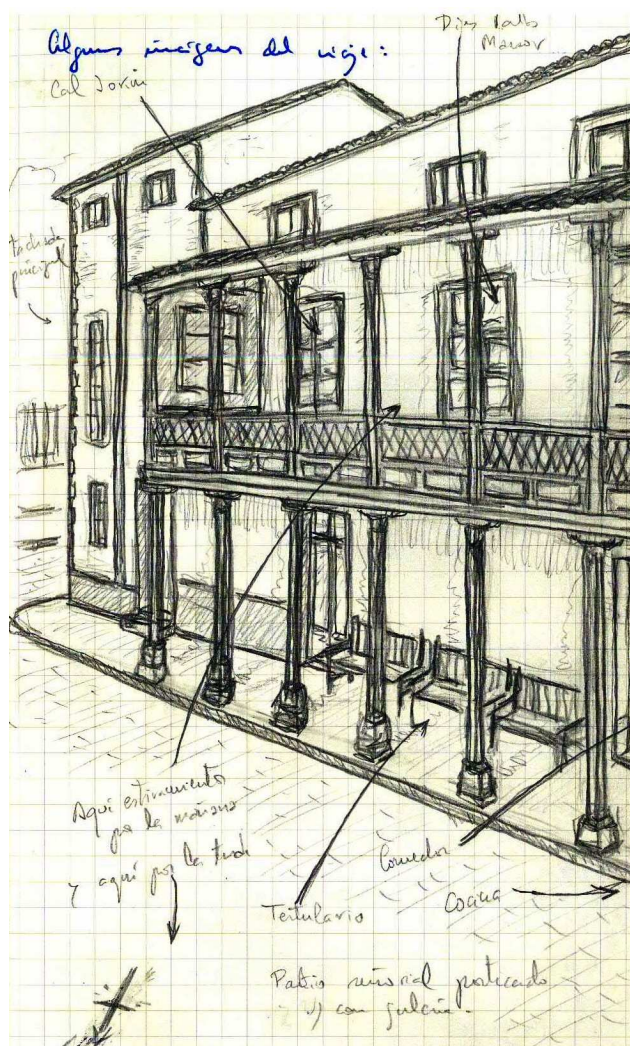


Fig. 3

Con los dedos intactos, pues, hemos vuelto a la guagua que nos ha llevado hasta el albergue de Osorio, donde íbamos a estar hospedados. Se trata (nueva información valdivielsana, de Víctor Valdivielso, quiero decir) de la que fue la residencia de los mayores propietarios de la isla a finales del siglo XIX. La familia de él era dueña de la parte norte de la isla y la de ella, de la sur. Y en medio, esta enorme finca que fue vendida en los años 70 al Cabildo por sus descendientes y éste lo ha convertido en un aula de la naturaleza conservando y acrecentando su valor histórico y botánico. El edificio tiene dos plantas y la parte principal, con una fachada sobria que se abre a una avenida de carruajes flanqueada por una arboleda, se organiza alrededor de un patio central con una galería porticada (Fig. 3). Otra galería semejante se abre al lado noreste, protegida del viento marino por una barrera de magnolios pero con un espacio suficiente para poder tener una hermosa vista de los campos que van bajando hasta la costa. Ésta sería nuestra base de operaciones y el paisaje que acompañaría todos los amaneceres. Las habitaciones son numerosas, grandes y sencillas (MUY sencillas). Las duchas comunes sólo

sencillas, lástima. Nosotros nos hemos quedado una con cuatro camas, con vistas al patio de los magnolios. Virginia y Elisa han unido las suyas mientras que Clara y yo, profesionales del eremitismo, preferimos mantenernos en nuestros rincones.

La comida, como todas las que tomaríamos allí, ha sido de rancho, pero muy sabrosa. Ese día, una sopa de fideos y un plato de "ropa vieja" (garbanzos, patatas - perdón, papas- y carne del cocido). Y un helado de postre. Yo, con un régimen todavía en curso, me he controlado y me he conformado con la sopa. Por la tarde, hemos tenido tiempo para algo de relax, de recuperar algo del sueño perdido y de dar un pequeño paseo por la finca que, como he dicho, ahora es una especie de jardín botánico donde el alcornoque y el roble conviven con la laurisilva y la palmera, ésta y la araucaria están junto al ombú y al pino canario. Y todos con algún castaño. Todo un festival plantícola. Sólo un pequeño paseo en una gran finca porque ya quedaba poca luz. Y, ya de oscurecida, a hacer tiempo hasta la hora de la cena; hago un intento de llevar a cabo otra siesta para seguir en busca del sueño perdido pero la interrumpo a los quince minutos para aprovechar el tiempo de tertulia con los

amigos reencontrados. En cambio, Virginia y Elisa se han engolfado con tal ansia que, al menos la segunda, ha sido declarada irrecuperable hasta el día siguiente.

Mientras, en una sala se hacía el primer pase del DVD que recogía las andanzas por Valdivielso de los terorenses el pasado mes de junio. Otros, más espirituales -o espirituosos-, han empezado a abrir el vino. Decididamente, me uní al segundo grupo y allí Víctor soporta mis preguntas sobre arquitectura y arqueología canarias, que son respondidas con la sencillez habitual, a mi satisfacción. En ese momento nos llega la noticia del plante de los controladores, que apenas unas horas después de salir nosotros habían abandonado su trabajo dejando a varios miles de viajeros pontuarios más colgados que el famoso chorizo. El espacio aéreo se anunciaba cerrado. Esto empieza a prometer. Los canarios rápidamente nos garantizan techo y comida. Tentador.

Cena ranchera a las ocho y media: Primero una sabrosísima crema de verduras, sazónada opcionalmente con gofio (harina tostada de maíz, perdón, millo) y, de segundo, macarrones con un huevo duro y patatas fritas. Víctor explicó que lo del huevo es normal. Lo de las patatas -perdón, papas- no tanto. Y luego un yogur. El mío, de fresa.

Reiniciada de nuevo la tertulia en el pequeño patio del servicio, pronto bautizado como Valdivielso Club Social, pronto me declaro en quiebra moral y física y decido recogerme (literalmente). A dormir, mi niño.

DÍA DOS: EL GRAN DESCENSO

Hoy hemos iniciado la actividad de senderismo, tras un desayuno sencillo, con café con leche -y gofio optativo- zumos de brick y tostadas varias, y algo de fruta, y/o crispis. En fin, nada complicado y tan abundante como se ha deseado. Una pausa para hablar del gofio. Como he dicho se trata de harina tostada de maíz, al que llaman millo, directamente del portugués, y que igual vale para un roto dulce que para un descosido salado. Es decir, que igual sirve para añadir a la leche que a la sopa. Puede mezclarse con un plátano algo madurito (o incluso MUY madurito) y conseguir así una especie de turruncillo. Con algo de zumo de naranja y galleta molida se consigue ya algo más consistente. Y si se mezcla con caldo de pescado se hace una pella que puede acompañar a cualquier ictio-plato como guarnición. Fin de la pausa

La excursión de hoy no requería más esfuerzo que el de aguantar dieciséis kilómetros bajando continuamente desde Tamabada hasta Agaete. Sólo para rodillas y gemelos resistentes. Por cierto que la benjamína de la expedición, Elisa, se ha quedado seducida por la oferta de la cocinera que le ha invitado al cumpleaños de uno de sus nietos. Y como hay muchos más nietos con los que hacer “un club de compis”, pues no ha podido resistirse. Esperábamos que al menos tuviera la decencia de echarnos de menos, pero la realidad es muy dura para los padres (y madres).

Como decía, tras el desayuno en el que ¡milagro! no hemos sido los últimos (tengo que encargar una plaquita de bronce para conmemorarlo) subimos a la guagua y partimos por otra carretera grancanaria, o sea, estrecha y con muchas vueltas. Hemos hecho una primera parada en Artenara donde, aparte de hacernos una foto con Miguel de Unamuno, descubrimos el “pan de papa”, un hogaza tierna

de sabor algo dulce, puesto que lleva patata, o sea, papa. Hemos hecho acopio para el picnic y el autobús ha empezado a oler de maravilla.

Ya fuera del autobús, en Tamadaba, la ruta, tras una ligera subida ha comenzado el descenso desde una cota de más de mil metros, rodeados de una vegetación de pino canario exuberante. Al inicio nos cruzamos con algunos corredores que subían a todo trapo y les dejamos pasar, animándoles. Lo que no sabíamos es que su ruta de bajada coincidía con la nuestra, con lo que nos pasamos todo el tiempo con gritos de “corredor, corredor” para echarnos a un lado y dejarlos pasar.

En el magnífico documento de campo que nos han dado se cuenta la historia de este camino, que sirvió para la extracción de madera, carbón y brea, y también para llevar hasta la costa ramas de árboles de la cima. Una vez allí, se sacudían contra el agua de mar y se impetraba para conseguir lluvia. A esto le llaman la Ramada y se celebra en el mes de agosto.

Así, bajando sin cesar por caminos empinados y superados por corredores que bajaban a saltos, como las cabras, hemos salido del parque natural y nos hemos detenido a echar un mordisquillo en una plataforma artificial que parecía una era. La sorpresa ha sido cuando nos han dicho que, efectivamente, era una era. ¿Y los campos? Por ahí, Volaverunt. Ordenada una pausa por el sabio guía, se ha iniciado el aperitivo y el rito de hermandad de dos pueblos mediante el maridaje entre el pan de papa, el chorizo de Oña y el queso de Dobro. Todo ello bien engrasado con una bota que, afortunadamente, todavía sigue sin que se haya creado una versión digital, tipo Bota 2.0, no compatible con Mac y que en ocasiones se cuelga y hay que comprarse otra de más capacidad.

Tras el descanso, una nueva bajada pero ahora por una zona desprotegida debido a la deforestación que sufrió la isla desde el siglo XV, “con la llegada de vosotros, los castellanos”, me dice Víctor. “Que yo soy del regne de Valencia, leñe. Que a nosotros venían los castellanos a repartir candela, habitualmente con bastante éxito. Que yo digo Víctor, no Vítor”. En fin, que el camino es estrecho, pegado a la pared por un lado y con una fuerte pendiente por el otro. En medio de este espectacular panorama, el vértigo de Jokin ha sido consciente de las características generales de la orografía canaria: paredes con fuertes pendientes y escasa vegetación. Siempre es bueno aprender cosas, además se puede trabajar un vocabulario pintoresco y dejar claro lo que opina de los que le han llevado hasta aquí engañado y que me cago en los volcanes y en la pirogénesis. En fin, cosas así.

Hemos llegado a Agaete pasadas las tres de la tarde, pero con el restaurante preparado y a punto: ¡pocas veces supo tan bien una clara! Los de avanzadilla se han ido a bañar y el resto ha ido llegando y dando inicio a una comida tardía pero abundante. Descubrimos el mojo (pronúnciese “mohjo”) con papas, acompañado con “ropa vieja”, queso y algún salpicón. Luego un pez, pero yo lo perdoné. Como siempre, un café inmundito y canciones. Primera jam-session combinando jotas castellanas y coplas canarias.

Y luego, paseíto hasta el muelle para ver los restos de la roca donde estaba la formación geológica llamada “el dedo de Dios”. Coincidimos con una pirotecnia de bolsillo aunque resultona que Víctor presenta como homenaje a nuestra visita. Los autores del evento parece que tenían otros planes, pero queda bien. Vemos zarpar el ferry hidrofoil entre Agaete y Santa Cruz de Tenerife. Lección magistral sobre las comunicaciones entre las islas.

Antes de volver al autobús, pequeña charla con un terceto de bañistas que, intrigados por las camisetas, preguntan por la ubicación geográfica del topónimo "Valdivielso". Como uno supone que el personal, tan cerca de África y tan lejos de la Bureba, asociará cualquier referencia muy precisa con el chino mandarín, echa mano del perdigón del gordo: "En Burgos, al norte, entre Cantabria, La Rioja y el País Vasco. En el valle del Ebro". "¿Cerca de Miranda?" (Primera geo-sorpresa). "Si, al oeste, a unos 60 km". "¿Cerca de Medina de Pomar?" (Chúpate esa, he ido a dar con el que redacta la Guía Michelin, por lo menos). "Justo el valle de al lado. Y un poco más abajo, Garoña. Cuando haga PUM, los primeros en saberlo, nosotros" (Un poco de gracia para sobrellevar el geo-baño del bañista). Al autobús, hasta la vista. Ya sabes algo más sobre los canarios, so listo.

Y ahora un paréntesis declaratorio. Desde estas líneas quiero agradecer profundamente, en nombre de Virginia, a Lali y a Carmela la dedicación que pusieron para poner algo de solución a su mala pata. Hay que explicarlo. Una de las mayores damnificadas con la larga bajada fue ella, ya que sufrió primero una digna torcedura que luego remató con la típica caída tonta (de las de "lo peor es la cara que se te queda") al ir desde el restaurante al puerto y pisar mal un bordillo. Al mismo tiempo, la zapatilla le fue produciendo un dolor en la uña del dedo gordo del pie (consecuencia de la continua bajada). Por todo ello, lo normal es que habría tenido que olvidarse del resto de los paseos pero contó con el apoyo inestimable (bueno, es una figura retórica porque lo estimó mucho) de la primera que le hizo un vendaje estupendo para el tobillo y de la segunda que además de hacerle otro vendaje al día siguiente, le cedió sus sandalias de monte, que le permitieron convivir con la uña doliente. Fin del paréntesis.

Regreso soñoliento a Teror y al albergue. Reencuentro con la hija presuntamente añorante. "Hola, Elisa". (Levantando la cabeza de la Nintendo DS que comparten entre tres) "¿Puedo dormir con ellas?" (Padre responsable y muy dolido) "No".

Bueno, pues cenamos una deliciosa crema de verduras (yo, dos veces) y unos fragmentos de pollo con patatas (perdón, papas) con mojo que de nuevo perdono, así como el postre de natillas, pues oigo la voz acusadora del dietista.

Nos trasladamos al Club Social Valdivielso donde comentamos las incidencias de día hasta las 11'30 h; luego a dormir que mañana es otro día y las rodillas tienen que decir lo que piensan del día de hoy.

DÍA TRES: EL GRAN BARRANCO

Hoy ha tenido lugar uno de esos hechos que hermanan a las gentes y a los pueblos: la embriaguez musical. No se entienda con esto el entusiasmo ante la música, sino la acumulación de vinos, cervezas y licores que desata el ansia de cantos más o menos tribales y que sólo espíritus benévolos podrían calificar como entonados.

Explicación.

Nos levantamos como siempre para desayunar a las ocho y cuarto y con una amenaza de mal tiempo y la noticia de que el asunto de los controladores parecía arreglarse a golpe de decreto (con gran mosqueo de los pilotos que ven afeitarse las barbas del vecino). Desayuno (leche, pan con mantequilla o aceite, jamón de york y

mortadelas varias y esta vez zumos). Elisa vuelve a ser seducida por la cocinera con la oferta de acompañar a la veterinaria en su visita diaria a ver los animalitos (y animalazos) de la granja. Una vez más, no hay color.

Salida caminando desde la finca de Osorio con destino a Carretería, un barrio de Moya donde nos esperaba una comida en la caseta de Rafael. Bueno, algo más que comida.

Ya antes del desayuno empezó a llover de forma lenta, blandita, como disimulando. Pero a la hora de ponernos en marcha lucía el sol. A los cien metros empezó a llover en serio, hasta los trescientos metros, en que paró. Y a los quinientos volvió a empezar. Y así todo el camino.

Con Dimas Valdivielso cerrando la reata de más de cincuenta personas, llegamos hasta la Hoya Alta, el cráter de un antiguo volcán, donde esperamos a los rezagados y Fernando se fue a buscar a los perdidos. Foto de grupo, con arco iris al fondo.

Después, siguiendo la ladera, cruzamos varios campos y caminos, así como zonas de eucaliptos desramados por el viento. Y así llegamos a Firgas que, visto desde lejos, es tan feote

como el resto de los pueblos, con esas casas blancas que conviven con excesos azulones y con toda la gama cromática de las natillas. Sólo en centro histórico, como siempre, se conserva algo de la arquitectura antigua, muy bonita.

La sensación del pueblo fue su paseo en cuesta con una fuente y con azulejos y maquetas representando el archipiélago y los escudos de los municipios de las islas. Bastante kitsch. Café y bollitos y a seguir adelante con lo más fuerte: el barranco que separa Firgas de Moya. Se trata de una bajada espectacular, con una inclinación de casi tocar el suelo con el cogote, rodeada de vegetación cada vez más densa y, en el fondo, los restos de un balneario de principios de siglo XX, abandonado y desmantelado. Destacando entre todo ello,



Fig. 4

una palmera alta, esbelta, recortada contra las paredes de piedra (Fig. 4).

Tras la, digamos, apasionante bajada (sólo punteada por las maldiciones de

Jokin) vino la subida, larga y dura, donde uno se preguntaba si de verdad hacía esto por gusto. Pero por fin llegamos a las primeras huertas y, tras un repechón todavía mayor, a la plaza de Moya, con un gran árbol que sirvió de marco de una foto general.

Y luego el último paseíto hasta Carretería donde, en las afueras, está la caseta de Rafael donde nos esperaban las mesas puestas, las cervezas enfriadas y en el horno, cosas que olían a gloria. Y por suerte estaba cubierto con plásticos sobre la parra, porque entonces sí que empezó a llover en serio. Por cierto, que la parra era realmente feraz pues de ella colgaban morcillas, chorizos, mazorcas secas y otras delicias. No nos dieron un esqueje. Una pena.

Y luego empezó la comida. Mojos de varias clases (rojos, verdes, con especias, sin), aceitunas (con mojo), papas arrugadas (para el mojo), quesos (sobre todo uno majorero), una fabada sencilla -pero deliciosa- y luego sacaron dos grandes peces (sama, dijeron) hechos a la sal que nos permitió a los ictiófobos concentrarnos en las habas y las papas. Y vino Protos (joven) a discreción pues lo que pareció en principio sólo una botella especial fue la primera de una ristra inacabable ya que uno de los anfitriones es el distribuidor.

Y cuando ya parecía que iban los postres, llegaron dos paellas (o algo así denominado) de marisco con guisantes que yo de nuevo perdoné. Y entonces salió el ron canario, primero el normal y luego el mejor que dió lugar a sucesivos cubatas que fueron soltando la lengua y las canciones.

Y llegó el momento de las jotas (con perdón de las jotas), los cantos de siempre con variantes y deformaciones, las coplillas picantes y algún homenaje a los canarios con una canción tinerfeña que heló momentáneamente el ambiente. Ah, y de vez en cuando llovía a mares. Corro un piadoso velo sobre el final de fiesta remitiendo a los vídeos que recogen los momentos más penosos para la dignidad de los participantes y para la música entendida como una de las artes.

Tarde, muy tarde y ya de anochecida rodamos -no puedo describirlo de otra manera- hasta el autobús donde un paciente conductor nos llevó hasta el albergue. Y allí Jesús llevó a cabo ejercicios de estiramiento que fueron seguidos con más entusiasmo que acierto. Con gran juerga de Elisa, que se unió a la fiesta. Y luego una cena de sopa de arroz, con un segundo de pescado y tortillas que resultó puro vicio. Y a dormir, caramba, que mañana toca Las Palmas.

DÍA CUATRO: EL GRAN PASEO POR LAS PALMAS

Ante la amenaza de mal tiempo (ciclogénesis explosiva y todo eso), ayer se decidió cambiar el plan y realizar hoy el que se pensaba hacer mañana: visitar Las Palmas y alrededores, pero sin bajar hasta Maspalomas, sino dedicarlo a la playa.

Así que nos levantamos un poquito más tarde y, tras un desayuno estándar, salimos, vía Araucas, hacia Las Palmas. Pasamos junto al monte cortado para el centro de comunicaciones de la marina (que no se paran en barras) y entre amenazas lluviosas cogimos la autopista que nos llevó, en primer lugar, al Parque Bandama al sur de la ciudad. Es el cráter de un volcán bautizado con el nombre de su primer adjudicatario, el holandés Van Damme, que decidió poner la zona a cultivar vides. Actualmente tiene un mirador en su parte norte, sobre la cima del cono de cenizas volcánicas, que ofrece una vista espléndida del cráter -de más de 1 km de